

## **SÁBADO SANTO**

**NO HAY EUCARISTÍA - Para reflexionar:**

**Lectura** (Hebreos 4, 1-13): *Empeñémonos en entrar en el descanso del Señor.*

**Lectura** (Lamentaciones 1, 1-22): *Oración del profeta Jeremías.*

Desde la profundidad del abismo, desde la oscuridad de la nada, sacó Dios Creador toda la vida que llena la tierra. Vida era lo que Dios quiso crear, vida abundante y libre, exenta de cualquier esclavitud o atadura. El hombre estaba llamado por voluntad divina a vivir esa vida y cuando surgen los obstáculos para ello, Dios mismo se reafirma en su designio salvífico. Un cuerpo formado del polvo de la tierra convertido en ser vivo por el aliento de Dios; un cuerpo según el designio de Dios proyectado para la eternidad; un cuerpo que no tenía que pagar el tributo a la muerte porque ésta todavía no había hecho su entrada en la historia por el pecado.

Todo se vino abajo cuando el hombre sucumbió por su desobediencia y se alejó del designio de su Creador. Allí en los albores de la humanidad quedó el hombre cegado en su vanagloria y tuvo conocimiento del mal al saber todo el bien que había perdido con su desobediencia. A pesar de su nueva condición mortal, el hombre continúa siendo creatura de Dios y Dios no abandonó al hombre en su sepultura. El proyecto divino sobre el hombre, manifestado en la noche de los tiempos, en la aurora de la creación, mucho antes de que el diablo confundiera y engañara al hombre instigándole a la rivalidad con su Creador, no sufrió alteración por parte de Dios, quien fue preparando en la historia el momento oportuno para reconciliar al hombre con su Dios.

Uno de los puntos más acuciantes, el que más distancia ponía entre Dios y el hombre era precisamente la muerte, que apuntaba la sepultura como final de su historia. La visión de los sepulcros llenos de cuerpos inertes, sin vida, dejaba al hombre sin esperanza hasta que una nueva aurora vio resurgir la vida en aquel sepulcro, que no fue capaz de retenerla para siempre. El sepulcro como espacio de los muertos, después de llenarlo con los despojos del autor de la vida, ha quedado vacío. Esa es la paradoja de un sábado de gloria.

El día en que el Señor Jesús, después de haber obedecido plenamente a su Padre hasta entregar la última gota de sangre mortal, fue depositado en la tumba de José de Arimatea, El sepulcro quedó vacío pues de él salió victorioso para siempre el cuerpo glorioso de quien no sucumbió ante la vanagloria del pecado, devolviendo definitivamente al hombre su dignidad creacional, aquella misma que Dios le infundiera en el momento de la creación. Con el triunfo de Cristo sobre la muerte se reanuda la victoria inicial que en la creación supuso la supremacía de la luz sobre las tinieblas. Con la resurrección de Cristo el sepulcro, espacio cerrado a la luz, quedará iluminado y perderá el carácter nefasto de clausurar la vida.

Con este trasfondo de la creación sentimos el amanecer glorioso del día del Señor; el triunfo de la luz sobre las tinieblas, la victoria de la vida sobre la muerte. Al igual que el aliento de Dios sopló sobre la faz de la tierra, ahora el Padre nos revela este Espíritu divino en el Hijo revestido de belleza y majestad, revestido de luz como de un manto: **«¡Envía tu Espíritu, Señor, y repuebla la faz de la tierra!».**

No se acabó la vida para el hombre pues Tú, ¡oh Dios!, la recuperaste para él. Surgiendo del sepulcro, devolviste al polvo de la tierra, al hombre mortal, la vida que tu Padre diseñó para la humanidad. Te convertiste en garantía de nuestra fe y de nuestra esperanza, y has hecho que deseemos vivir sin temor a la muerte, pues Tú mismo has transformado la muerte en vida. ¡Misterio inefable de tu poder creador y salvador!

De nuevo esta noche el hombre es llamado a contemplar la gloria de Dios, su poder inmenso que transforma su cuerpo mortal en cuerpo glorioso. No valen los sentidos, ni las razones humanas, para juzgar el poder de Dios. El hombre es invitado a presenciar el sepulcro vacío, la soledad y vanidad de lo que fue el hombre débil, mortal, frente al poder omnímodo de un Dios que, sin abandonar al hombre, le lleva consigo radiante al cielo. ¿Porqué buscáis entre los muertos al propio autor de la vida?

Insistir en las razones de los sentidos, volver a estimar y sobrevalorar el orden físico, colocan al hombre de nuevo en el riesgo de caer en el engaño de que Dios no puede soportar que el hombre viva para siempre. Otra vez Satanás, el adversario de Dios, el príncipe de las tinieblas, intenta oscurecer esta claridad radiante que abandona para siempre el reino de la muerte dejando el sepulcro vacío. Jesús, el resucitado, ha vencido definitivamente al príncipe de las tinieblas y en esta Noche Santa nos ofrece su luz para que no resulte vana nuestra fe.

En el sacrificio de Isaac no quisiste su muerte y se lo devolviste vivo a su padre Abrahán; en cambio, ahora manifiestas tu poder al librar a tu Hijo de la corrupción de la muerte y con ello has regalado al ser humano tu Espíritu de vida con el que podrá afrontar victorioso a la misma muerte. Queremos asomarnos a tu sepulcro y descubrir que está vacío, que la tumba no es tu espacio vital, que en ella solo caben las sombras de muerte y Tú eres el Señor de la vida porque Tú y tu Padre sois una misma cosa.

Gracias, Jesús, por haberte identificado tanto con el hombre; por haber querido correr su misma suerte; por haberte hecho tan cercano a nosotros sin haber perdido nunca tu unidad con el Padre, fuente de vida. Queremos cantar con el Salmista, queremos creer en ti y aceptar tu resurrección como garantía de tu voluntad en favor nuestro, queremos sentir en lo profundo de nuestro ser que “Tú, Señor, sacaste mi vida del abismo, y me hiciste revivir cuando bajaba a la fosa”